

Cien sonetos de amor

«Matilde, nombre de planta o piedra o vino,
de lo que nace de la tierra y dura,
palabra en cuyo crecimiento amanece,
en cuyo estío estalla la luz de los limones.»

Pablo Neruda

Entré

en el ambulatorio despacio, odiando ya desde un primer momento el olor a yodo, alcohol y jeringuilla con que te recibe cualquier centro médico. Subí las escaleras hasta el tercer piso, que era donde tenía la consulta la doctora Montero (una mujer bella, más bella aún con la bata blanca que se colocaba encima, con el pelo corto, siempre bien peinado y engominado y con una mirada a lo Cecilia Roth que te curaba todos los males que tenías en el cuerpo).

La sala de espera estaba prácticamente llena y prácticamente igual que la última vez que vine (hacia más de seis meses): con el mismo paisaje de Monet, el mismo poema enmarcado de Cernuda y los mismos carteles de vacunación y prevención del sida de siempre.

Me acerqué al tablón de anuncios, donde la doctora Montero solía colocar la lista de pacientes del día, dividida por horas, para preguntar por el enfermo que iba a ser atendido inmediatamente antes que yo. «¿Julián Márquez, por favor?». No contestó nadie, así pues, continué con el siguiente. «¿Carmelo Torres, por favor?». Tampoco respondió nadie. pasé al siguiente. «Matilde Urrutia, ¿está?». Al otro lado de la sala se levantó una mujer joven. «Sí, aquí». «Gracias, voy detrás de usted», comenté yo y fui a sentarme a uno de los pocos asientos que estaban libres, justo al lado de Matilde.

—¿Es muy grave? —me preguntó, iniciando así una conversación que yo no esperaba.

—¿Perdón? —sorprendido.

—¿Que sí es preocupante lo que le trae hoy aquí? —volvió a preguntar ella.

—Espero que no —sonreí yo—, creo que es constipado, pero fuerte, no se vaya usted a creer...

—Pero, por favor, tutéeme. ¿es que me ves tan mayor?

—No, por Dios. Perdona... Y lo tuyo, ¿es grave?

—Bueno, todavía no lo sé con seguridad, tengo que esperar. El otro día me realizaron un electro y hoy me dan los resultados. Estoy segura que todo esto es por culpa del trabajo.

—¿Y en qué trabajas?

—Por las mañanas, estoy de recepcionista en una oficina de venta de telefonía móvil y, por la tarde, de dependienta en unos grandes almacenes. Como verás, no tengo un minuto de descanso: apenas me da tiempo, entre trabajo y trabajo, a comer algo...

—Pues se mantiene usted muy bien. Quiero decir, te mantienes perfectamente —rectifiqué.

—Gracias —contestó ella, sonrojándose levemente. Y tú, ¿a qué te dedicas?

—Mi profesión, ¿te refieres?

—Sí, claro.

—Soy escritor, aunque hay quien dice que la escritura no es un trabajo digno para vivir.

—¿No me digas: escritor? ¡Con lo que a mi me gusta leer! Sobre todo poesía.

—¿Te gusta la poesía?

—Me encanta. El poema que más me gusta de todos los que he leído es aquel que dice: «*para mi corazón basta tu pecho, / para tu libertad bastan mis alas...*» ¿verdad que es bello? Es uno de los **Veinte poemas de amor y una canción desesperada**, de un tal Neruda. ¿Conoces el libro?

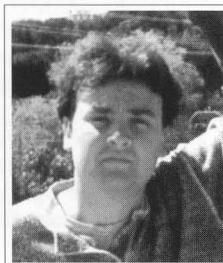
—Lo he leído varias veces.

En ese instante, la doctora Montero salió de su consulta y llamó al paciente. «¿Matilde Urrutia?». Se levantó de golpe del asiento, haciendo gestos ostensibles con la mano. «Es su turno», dijo la doctora. Se dirigía hacia la puerta, cuando le dije, a modo de despedida:

—Que no sea nada grave, Matilde.

—Muchísimas gracias, ¿señor... Perdona, pero olvide tu nombre.

—Neruda —contesté yo. Pablo Neruda.



Un artículo de Alberto Martín